

Ruperto de terror

La gran aventura

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleg



EL REGRESO DEL SAPO RUPERTO

Hacía ya mucho tiempo que el sapo Ruperto, el más famoso detective del arroyo Solís Chico, no tenía un caso. Pero si alguien se asomara por un agujero de su cueva-oficina, no pensaría nunca que el sapo estaba preocupado por eso. Al contrario, el muy atorrante... es decir, nuestro héroe, dormía como un chanco, si es que los chanchos duermen mucho, cosa sobre la cual no tengo la menor idea. Creo que una sola vez en mi vida vi un chanco y no parecía muy feliz acostado en una parrilla.

Pero digamos que Ruperto dormía como un chanco porque suena bien. Sin embargo, tirado en su cama armada con gomas de borrar usadas, el verde sujeto ignoraba que muy pronto se metería en nuevos problemas y que esta vez quizá no contaría el cuento. O sí, porque sin sapo, no habría cuento que contar y la historia se terminaría enseguida, lo que enojaría mucho a los padres que gastaron plata en este libro, ¿no?

Bueno, volvamos al asunto que nos preocupa.

Mientras Ruperto dormía como un, como un... bueno... ¡ya saben!, no muy lejos de allí sucedían cosas extraordinarias: por las noches, mientras los bichos dormían tranquilamente, un ser oscuro y alado rondaba y hacía cosas malvadas, terribles.

Algunos decían que todo era un invento de los sapos pequeños, que como todos los chicos tienen mucha imaginación. ¡Miren si en el arroyo va a haber de esas cosas que ellos juraban haber visto cuando la luna brillaba enorme y redonda como una pelota de plata!

Aunque los sapos grandes eran los que más se quejaban, no se trataba de algo que solo los sapos chicos habían visto. Una noche, cuando la rana vieja no podía dormir porque su marido tenía gases, ella también lo vio. Al otro día les juró y les rejuró a las vecinas que la cosa aquella tenía alas, orejas largas y unos dientes larguísimos y muy afilados. Ella vio también que la cosa había querido morder a un perrito que andaba bobeando por el bosque. El perrito había salido corriendo y aullando como loco, si es que los locos corren y aúllan a la vez.

Al otro día la rana vieja decidió convocar a una reunión y al rato un montón de bichos salieron de sus cuevas. Todos decían que la vieja estaba chiflada, pero ellos respetaban a sus mayores y decidieron escucharla para que no se sintiera mal.

—Les juro que hay algo, yo lo vi —dijo la rana cuando todos estuvieron reunidos.

—¡Ésas son columnas! —dijo un sapo gordo y de lentes que se las daba de sabelotodo.

—¡Calumnias! —lo corrigieron los demás.

—Bueno, lo que sea, quiero decir que son mentiras —se defendió el gordo.

Pero la rana insistía y, como era muy buena para hablar, terminó por convencerlos a todos de que, efectivamente, había un malvado rondando en las noches de luna llena.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntaban los bichos.

Lentamente, al principio apenas como un rumor, un nombre empezó a salir de las bocas, o trompas o picos: Ruperto. Sí, el famoso detective, el número uno del ranking de sapos héroes, el más valiente, el más... el más... bueno, los bichos se quedaron rápidamente sin adjetivos.

Claro que había un problema: hacía mucho tiempo que Ruperto había resuelto su último caso. Algunos comentaban que se había vuelto demasiado vago, algo que no le costaba demasiado. Otros afirmaban que a Ruperto ya no le interesaban las aventuras y que estaba todo el día echado, comiendo moscas y eructando como... como... ¡como un choncho! Por supuesto.

La rana vieja insistió e insistió e insistió,

porque era una rana insistente, y al final resolvieron enviar una delegación de sapos a dialogar con el detective. Y es cuando volvemos al comienzo de esta historia, justo a la parte en que Ruperto dormía como un... bueno, ya saben.

En su cueva, cuando sonaron los primeros golpes, Ruperto creyó que estaba soñando. “¡Basta, no aplaudan más, realmente no hace falta!”, decía dormido y soñaba con que era un héroe frente a una multitud de bichos. Los sapos siguieron golpeando la puerta de la cueva, sin tener suerte.

—¡Levántate, sapo aterrador! —gritó con su voz ronca el sapo gordo.

—¡Atorrante, se dice atorrante! —le corrigieron los otros.

Y tuvieron una idea genial:

—¡Comida, comida gratis para todos! —gritaron.

De pronto se escuchó un sonido como de cosas que caían y se rompían y poco después la puerta se abrió. Allí, con su gabardina amarilla, su sombrero torcido y una sonrisa ancha, estaba él, el capo, el número diez de los sapos investigadores.

—¿Alguien dijo comida? —preguntó con los ojos llenos de arañas.

—¡Lagañas, se dice lagañas! —corrigieron los sapos.

Hubo dos cosas que impresionaron a Ruperto: la primera, que no hubiese comida; la segunda, que no hubiese comida. Así que los sapos tuvieron que impresionarlo con una tercera cosa: el ser misterioso que atacaba por las noches y al que solo los sapos chicos y la rana vieja habían visto.

A Ruperto ya no le importó nada más, ni la comida, ni que su barriga hiciera esos ruiditos raros. Aquello sonaba interesante y hacía mucho, demasiado tiempo que no tenía una aventura de verdad. ¡Ya era hora de que todos vieran de qué estaba hecho!, además de tripas y otras cosas asquerosas.

—Acepto el caso —dijo Ruperto con frialdad para impresionar a los otros con su valentía.

Como señal de agradecimiento, le pagaron ocho moscas de adelanto y volvieron al charco para contarles a todos que Ruperto, el héroe, el detective más audaz del arroyo, había regresado al trabajo.

MIEDO EN LA OSCURIDAD

Esa tarde, el sapo Ruperto decidió prepararse para su nuevo caso. Primero hizo una de las cosas más importantes en la vida de un sapo detective: durmió la siesta. Después se levantó e hizo otra cosa importante que nadie podía hacer por él.

—¡Listo! —se dijo, sintiéndose feliz—. Ahora que vengan seres misteriosos nomás, que ya van a ver.

Salió de su cueva-oficina llevando en el bolsillo de su gabardina todo el equipo para detectar monstruos peligrosos: una linterna de llavero, un pedazo de lupa y una revista llena de fotos de ranas y sapos en trajes de baño. Bueno, quizá la revista no le servía para atrapar monstruos, pero Ruperto pensaba que si la cosa se demoraba, al menos podía echar un vistazo. Siempre había estado muy interesado en la moda de verano.

Avanzó dando saltos cortos, porque estaba medio gordo y no quería cansarse, y en el

camino se cruzó con la rana vieja. Ella estaba trepada en una roca mirando hacia el horizonte, que quedaba para el lado de allá.

—Buenas tardes, doña Rana.

—Buenas tardes, Ruperto, ¿cómo estás tú?

—Muy bien, ¿y usted, doña Rana?

—Ah, excelente, Ruperto, excelente.

¡Qué bichos más educados! Podrían haber estado horas así, dale que dale, que tú esto y aquello, porque intentaban ser un buen ejemplo para los niños.

—Hermosa tarde, doña.

—Sí, los pajaritos cantan, el agua está clara...

De pronto ambos se quedaron callados y se miraron.

—¡Qué asco, doña Rana, parecemos los ositos cariñosos! —soltó Ruperto cansado ya de tanta educación.

—Sí, Ruperto, menos mal que paraste, ya no aguantaba más —dijo la rana con alivio.

Ruperto, que era muy observador, notó que ella llevaba un palo enorme.

—¿Está esperando a su marido?

—No —contestó ella—, el inútil está durmiendo; estoy esperando para ver si la cosa esa aparece.

Ruperto se despidió y se metió en el bosque,